



El sueño de Enoc, parte 2

En la historia de la semana pasada, Enoc sentía que estaba viviendo una vida perfecta en España. Era dueño de una próspera clínica de fisioterapia con un socio en Barcelona. Su esposa, Ingrid, trabajaba como fisioterapeuta en una residencia de ancianos adventista del séptimo día. Y tenían dos hijos a los que les encantaba asistir a la escuela adventista local. Por eso, no entendía por qué sentía el impulso de ir a la Universidad Adventista de Sagunto y estudiar para convertirse en pastor. Un día, mientras él y su socio finalizaban los trámites para una importante expansión del negocio, el socio le preguntó por qué no era pastor.

Esa noche, Enoc le contó a Ingrid la conversación. Al día siguiente, tenía previsto firmar los documentos.

Ingrid, que llevaba meses animando a Enoc a convertirse en pastor, oró desesperadamente: «Amado Dios, no podemos hacer planes basándonos en tu silencio. Podemos ir a cualquier lado, pero por favor, que sea tu voluntad».

La mañana siguiente, Enoc se despertó para su devoción personal. Después de leer la Biblia y orar, abrió la *Guía de Estudio de la Biblia para Adultos*, que trataba sobre la fe de Abraham. Leyó cómo Dios le había pedido a Abraham que dejara su país y fuera a un lugar que él le mostraría. Enoc oró: «Qué fácil sería si tú nos hablaras así. Cómo nos gustaría escuchar una orden directa tuya».

A las 7 en punto, sonó el teléfono de Enoc. Era el presidente de la Facultad Adventista de Sagunto.

—Disculpa que te llame tan temprano —le dijo el presidente—, pero vi que ya

estabas activo en WhatsApp, así que sabía que estabas despierto. Necesito preguntarte algo.

—¿Qué pasa? —le preguntó Enoc.

—Sientete libre de decir que no —le dijo el presidente—. Pero debo pedirte algo que Dios ha puesto en mi corazón. Queremos que tú y tu esposa vengan a Sagunto. Tú serías el decano de los chicos y tu esposa la asistente del decano de las chicas. Les daremos un salario y alojamiento.

Enoc no podía creer lo que estaba escuchando. El presidente le estaba hablando tal como Dios le había hablado a Abraham: directamente.

Cuando el presidente terminó de describir los puestos de trabajo, dijo:

—Bien, ahora puedes decirme que no. Sé que tienes tu propio negocio, pero tenía que preguntártelo.

A Enoc le costó responder porque no le salían las palabras. Finalmente, logró decir que durante años había soñado con convertirse en pastor, pero que siempre le había parecido imposible. Ahora, la invitación del presidente parecía indicar que Dios le estaba abriendo la puerta.

El presidente se quedó atónito.

Después de la llamada, Ingrid preguntó qué había pasado.

—El presidente del Campus Adventista de Sagunto acaba de llamarnos —dijo Enoc—. Quiere que vayamos a Sagunto a trabajar como decanos.

Ingrid comenzó a llorar. La noche anterior había orado para que Dios le revelara su voluntad. Pero desde la reciente muerte de su padre, su deseo personal era mudarse más cerca de su madre.

—No —dijo Ingrid—. Quiero estar cerca de mi madre.

Le dijo a Enoc que necesitaba una señal clara de Dios para mudarse a Sagunto.

—¿No te parece suficiente lo que acaba de pasar? —le preguntó Enoc.

—No, necesito mi propia señal —respondió ella.

Enoc e Ingrid oraron. Le recordaron a Dios que Gedeón había recibido no una, sino dos señales con el vellón en Jueces 6, así que le pidieron que hiciera lo mismo por ellos.

La mañana siguiente, mientras conducía hacia el trabajo, Ingrid oró. Recordó un juego de mesa bíblico que ella y Enoc habían creado durante el confinamiento por la COVID. Lo habían enviado al Departamento de Jóvenes de la Iglesia Adventista en España, pero llevaban meses sin recibir respuesta. Oró: «Si el director de jóvenes se pone en contacto conmigo para hablar del juego, lo tomaré como una señal de que debemos ir a Sagunto».

Entonces lo reconsideró. «Creo que es una petición exagerada —le dijo a Dios—. Hace mucho tiempo que él y yo no hablamos. No necesito que él me llame. Solo necesito que me manifiestes claramente que esa es tu voluntad».

Treinta minutos más tarde, el director de Jóvenes le envió un mensaje de texto a su teléfono. Le escribió: «No tengo nada concreto que decirte sobre el juego. Solo

quería que supieras que todavía estamos considerándolo. Eso es todo».

Ingrid llamó a Enoc:

—Nos vamos a Sagunto —le dijo.

—¿Qué pasó? —preguntó él.

—Te lo cuento esta noche en casa.

Hoy, Enoc e Ingrid viven y trabajan en el Campus Adventista de Sagunto. Sus dos hijos estudian en la escuela adventista del mismo campus. Enoc, que vendió su parte de la clínica de fisioterapia, estudia teología y se dedica a tiempo completo a hablar con alegría sobre Jesús.

«Hemos decidido estar siempre dispuestos a escuchar la voz de Dios, su voluntad y lo que nos pida que hagamos —dijo Enoc—. Nuestras vidas no nos pertenecen. Dios nos trajo aquí y, a partir de ahora, iremos dondequiera que él nos envíe».

Parte de una ofrenda anterior de decimotercer sábado, también conocida como ofrenda trimestral para proyectos misioneros, se destinó a ampliar la Facultad de Teología del Campus Adventista de Sagunto, donde estudia Enoc. Otra ofrenda anterior ayudó a construir la residencia de chicas, donde trabaja Ingrid. Del mismo modo que aquellas ofrendas cambiaron la vida de Enoc, Ingrid y otras personas, su ofrenda de este trimestre puede ayudar a transformar muchas vidas para la eternidad. Gracias por su generosa ofrenda para los proyectos misioneros de la División Intereuropea, que incluye a España.